

Un poco de silencio

Por Madeleine Gautier

En el aspecto artístico, cuando se trata de un creador y sus creaciones, es preciso partir de la obra creada y juzgarla primero en relación a ella misma y seguidamente en relación a la tradición establecida en el interior mismo de aquella rama del arte a la cual la obra se refiera.

Dentro del arte, la tradición llega antes que la teoría. Ejemplo: cuando las catedrales fueron levantadas los constructores no se pusieron a reflexionar para decirse: «Vamos a construir una catedral romana o una catedral gótica». Fue después, cuando se acordó llamar tal estilo «estilo romano» o tal otro «estilo gótico».

En el jazz, una tradición se ha así establecido, a partir de lo cual, fueron separados estilos y aplicadas teorías.

Actualmente, estilos y teorías se han impuesto a fondo, a la esencia misma del jazz.

El jazz nació de la opresión de un pueblo y su música es un mensaje. Según sus diferentes épocas, la variedad de temperamento de los músicos, las presiones exteriores, los viajes más y más frecuentes y lejanos, músicos y orquestas han expresado de forma más variada lo que llevan en ellos y se han adaptado a lo que cada día les lleva de nuevo.

Pero una tradición no se establece en un día, ella se arraiga en lo cotidiano. Es sólo después cuando se deslinda un estilo y se elaboran teorías.

Estilo y teorías no son más que las grandes líneas que se desprenden de un conjunto de obras creadas, es una especie de clasificación cómoda, al servicio del aficionado al arte, una etiqueta de orden general que se ha resuelto poner sobre tal o cual género de manifestación artística. No es nada más.

Actualmente, se ha llegado a ser tan «entendido» en jazz, que cuando se oye una orquesta o un músico, no interesa en absoluto el placer auditivo que pueda proporcionar, la emoción que pueda levantar, no se les escucha como creador o músico. Se les escucha como intérpretes de teoría o de estilo en el cual aquella orquesta o músico decidan tocar. Los teorizantes de la música han matado el espíritu del jazz y perdido su mensaje. Y el músico, que es un hombre, la orquesta que

es un grupo de hombres, no saben —salvo algunas excepciones—donde se encuentran. A su alrededor, tratan de satisfacer a quienes les escuchan, no para ofrecerles su sentir sino lo que ellos, los oyentes, han ido a buscar: una aplicación sonora de sus teorías, la ilustración de un estilo que ellos han fijado siempre fuera de su sentido verdadero.

Y es así, que se oyen en los conciertos de jazz reflexiones como éstas: «Encuentro que Armstrong toca demasiado como Armstrong, Kid Ory es demasiado Nueva Orleans en sus solos y no lo bastante en los ensambles».

Observaciones tan desprovistas de sentido demuestran cuán falso es todo en esta cuestión, cuanto, en general, el conocimiento del jazz es futil, cuán pretenciosos e ignorantes son la mayoría de críticos de esta música!

El jazz es espíritu. La sola materia,

en el jazz, es el instrumento y el cuerpo humano que de él se sirve. Nada de papel, nada de libros de armonía, nada de ciencias ni estudios musicales fuera de los mecánicos, ni rebucas en frío ¡No! Hay un hombre y su instrumento, del que debe hacerse maestro y del que debe procurarse no ser su esclavo. Pues aun, debe desconfiarse de la técnica. Si el músico no dispone de la técnica suficiente para expresarse sin dificultad, esto le estorbará y será fatigoso, insípido, malo, sin interés. Pero si se deja dominar por ella, si llega a conocer el instrumento hasta el extremo de tener demasiada para lo que tenga que decir, poco conseguirá y esta técnica le estorbará más que le servirá.

No se concibe una cordada de alpinistas escalando Montmartre. Y una instalación sanitaria de las más modernas sería del todo inútil en un



John Hardee (en segundo plano, Sid Catlett)

Foto Francis Wolf